

B.T 771

C3

v.2

FOR EL R. F. GAUSSETTE

Edicion de la "Voz de México."



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ



Capilla Alfonso VIII

EXPOSICION.

Dentro del plan que nos hemos propuesto, la afirmacion cristiana se ha limitado hasta ahora à defenderse, sin tomar un solo punto la ofensiva; hora es ya de que proceda de otro modo relativamente à la negacion que se le opone, ya que no debemos satisfacernos con dejar establecido que nuestra creencia está probada, sino que, además, debemos demostrar que no lo está la incredulidad. Dichas manifestaciones vienen à constituir dos faces diferentes de una misma verdad, no ménos demostrativa la segunda que la primera, y aun podríamos añadir más convincente, ya que, en el dilatado trayecto que acabamos de recorrer, los asuntos se imponen al espíritu por medio de inmensas síntesis, consintiendo à duras penas la forma del discurso ó del

008163

tratado; cuando en el terreno que se desarrolla delante de nosotros, siquiera existan accidentes, ni son tan numerosos, ni se hallan casi exclusivamente constituidos por el despotismo de las tradiciones teológicas. Esto nos permite exponer anticipadamente nuestro pensamiento, anunciando desde luego al lector que ofrece mayor variedad y más frecuentes descansos.

¿Cuyo es el génesis de la incredulidad en la humana inteligencia? Si la formación de las nubes constituye un arcano para la ciencia meteorológica, no ofrece para la apologética la dificultad más insignificante. Antes, empero, de decir de dónde proceden las nubes, digamos de donde no proceden. Desde luego podemos decir consignado que no son un producto de la superioridad intelectual. Solo por un abuso del lenguaje puede distinguirse á los incrédulos con el nombre de hombres de ideas adelantadas; puesto que siendo Dios la última aspiración de las inteligencias, todo movimiento contrario á dicho fin es una marcha hácia atrás: de manera que si la incredulidad persiste en distinguirse con el nombre de progreso, proviene de estar persuadida de cuánto le importa ostentar una enseña deslumbrante, al par que pueda mantener vivas su ilusiones y las de los demás.

¡Aberracion singular la de atribuir las dudas del espíritu al desenvolvimiento del mismo, es decir, su debilidad y su fuerza; sus tinieblas y su luz. Si así fuese, lo hemos visto ya, los talentos privilegiados siempre habrían sido escépticos; solo fueran creyentes las medianías, el vulgo de las gentes; los que en la escala de la cultura se hallaran debajo de determinado nivel, creerian; los que alcanzaran un grado superior, serian incrédulos: aquellos prestarian á Dios el culto de su adoracion; estos renegarían de Dios y de su culto. Orígenes, San Agustín, San Basilio, San Jerónimo, San Ambrosio, y tantos otros defensores de la fé como pudiéramos citar, como hombres de inteligencia están muy por encima de sus detractores Celso y Porfirio; Pascal, Descartes, Bossuet y Conelle, valen mucho más, filosóficamente hablando, que Voltaire y el misántropo de Ginebra; y Cuvier, Ampère, Biot, Cauchy y muchos otros discípulos del Evangelio, no ceden ni en saber, ni en cultura intelectual á los Bockner, Feurbach, Moleschot y Littré, apóstoles del ateísmo. Hay más aún: el siglo décimo octavo, que se distingue por sus negaciones, no sobrepuja mucho, en materia de inteligencia, al décimo séptimo, notable por sus respetuosos actos de fé; del mismo modo que los

pueblos idólatras que rechazan el Evangelio, no pueden jactarse de poseer luces superiores á las de los pueblos cristianos. De lo cual resulta que las dudas no proceden de la penetracion del espíritu, sino que son más bien consecuencia de su estado enfermizo.

Es esta una verdad con la cual se hallan los sábios perfectamente de acuerdo. Agustín Thierry y Maine de Biran han declarado que el momento más esplendoroso de su existencia fué el de su regreso á la fé, no el de su negacion. «Únicamente encuentro verdadera ciencia, dice el segundo, allí dónde ántes, guiado por los filósofos, solo distinguia imaginaciones y quimeras... Solo la religion es capaz de resolver los problemas propuestos por la filosofia (1).»

Revelaria, pues, falta de experiencia ó de sinceridad, empeñarse en sostener que en la especie humana, en general, hállase acumulada mayor suma de inteligencia empleada en contra que en favor de Dios, ó que en el mismo hombre, en particular, la fé representa una era de obscurantismo, y la incredulidad una época de progreso.

(1) *Diario íntimo*, 26 de Mayo; 30 de Junio.

Por punto general, lo contrario es lo verdaderamente cierto.

Si, más bien que del saber, procede comunmente la incredulidad de la ignorancia, y en particular de la ignorancia relativa; porque con muchos conocimientos, es muy posible no tener conocimiento alguno de esta causa. Debemos convenir, sin embargo, en que la duda no tanto es un indicio de inferioridad, como de preeminencia intelectual. Sea el que se quiera el grado en que el hombre se encuentre en la escala de la capacidad intelectual, puede carecer de fé, no solo porque la fé procede de Dios, más bien que de la inteligencia, del saber, sino tambien porque lo que determina la aptitud del espíritu para recibirla, más bien que su elevacion es su equilibrio.

La incredulidad no debe, pues, atribuirse ni á la ciencia ni á la ignorancia del que la experimenta: tampoco es resultado, en todos los casos de falta de religion. Hay, así podemos decirlo, una especie de incredulidad involuntaria, en estado de tentacion, que puede apoderarse hasta del ánimo de los cristianos más sumisos. De ella resultan esas intermitencias dolorosas durante las cuales el hombre cree en virtud de su fé de ayer, más bien, en cierto mo-

do, que en su creencia de hoy, moviéndose en el camino del bien en fuerza del impulso recibido, mejor que á instancias de una conviccion actualmente sentida. Generalmente las cosas se realizan en las almas del mismo modo que en la naturaleza: alternativas incesantes de dia y de noche, de luz y de tinieblas. Solo la fé es la que no se perturba viendo desaparecer su sol, por lo mismo que cuenta con la reaparicion de la aurora: en cambio, la incredulidad sostiene que el sol se ha extinguido en el momento que se ha ocultado á sus miradas, procediendo en ello como los salvajes, que durante los eclipses se desesperan, dominados por el temor de que jamás ha de brillar para ellos su esplendente luz.

Lo dicho nos explica que el hombre más creyente pueda, respecto de ciertos principios y hasta á pesar suyo, permanecer refractario á la fé, lo cual, más bien que falta, debe considerarse verdadero padecimiento; mas siempre y cuando semejante disposicion se haga crónica y consentida, constituye la incredulidad formal. ¡Pecado no ménos antiguo que el mundo! Oposicion eterna de la humanidad hácia á Dios, que se ha presentado en todos los tiempos, que se ha ofrecido en todas las religiones, y cuyo prin-

cipio, solo de un modo muy imperfecto, ha logrado estudiarse. Pues bien, lo que nosotros nos proponemos exponer es la naturaleza íntima de este mal. Si Esquirol y otros alienistas han merecido ver sus nombres colocados en el catálogo de los bienhechores de la humanidad, gracias á haber descrito las diversas afecciones morbosas que experimenta su cerebro, estamos seguros de que ha de considerarse incomparablemente superior, desde el punto de vista utilitario, una buena fisiología de la incredulidad, es decir, una teoría que indique, al par, los manantiales y los remedios de ese desórden mental en cuya virtud la inteligencia humana está *alienada* de la verdad. Desde Homero hasta Milton, se han dicho muy bellas cosas para expresar la desgracia que experimenta el que se halla privado de la luz del sol, y sin embargo, ¿qué es esta comparada con la que resulta de estar privado de ver á Dios?

Constituye, por consiguiente, un verdadero deber de caridad, que debe llenarse, el estudio de las influencias que mueven la inteligencia humana á la incredulidad. ¿De qué proviene esa ceguera deplorable? Resulta casi siempre de un estado del espíritu opuesto á las condiciones indispensables para formar un verdadero juicio

siendo tres las anomalías principales que falsean dichas condiciones.

Forman la primera, las brumas existentes en la atmósfera intelectual. Días hay en el año durante los cuales vemos ceñir el horizonte por espléndidas cadenas de montañas; en cambio hay otros en que nada absolutamente distinguimos; en ciertas noches podemos contemplar el espacio tachonado de brillantes estrellas; otras se nos ofrecen en que solo tinieblas descubren nuestras miradas. ¿Ha imaginado jamás el habitante de Milán, que los Alpes han dejado de existir, cuando los velos de niebla ciñen la cima de deslumbrante blancura del Monte Rose? ¿Existe quién, absolutamente desprovisto de experiencia astronómica, presume que los astros se han extinguido como una luz que se apaga, cuando las nubes impiden que lleguen á nosotros sus brillantes destellos? Y sin embargo, el espíritu humano es víctima de semejante insensatez cuando se trata de creencias sobrenaturales, insensatez de que no quiere corregirse, y que lab conduce á mostrarse admirada de no distinguir los objetos; de no ver claro, siendo así que no comienza por averiguar si se halla sumido en las tinieblas, si son las nubes la inteligencia las que le impiden distinguir dichos objetos.

Lo que más poderosamente influye en ofuscar la inteligencia es la pasión. La pasión, lo hemos dicho ya, es una tempestad, un huracán, y el efecto inmediato de todo huracán consiste en acumular nubes. El alma humana puede compararse á uno de esos vasos que debajo de una porcion de licor transparente contienen un sedimento de limo: la sacudida más insignificante basta para turbar la limpidez de aquel. Cuando las pasiones, que son en nuestro corazon el residuo de la caída original, permanecen dormidas en el fondo del vaso, nuestra zona superior mántiense transparente, iluminada; pero en el momento en que suben á la superficie, nuestro espíritu se oscurece. ¡Cuántas negaciones son resultado de esta perturbacion! ¡Cuántas incredulidades, presentadas bajo las formas más especiosas, no son más, si bien se mira, que un juicio apasionado! Solo Dios es capaz de apreciar el caudal de luz celeste robada diariamente al mundo, nada más que por carecer el corazon humano de las condiciones necesarias para reflejarla! Un estudio detenido de las relaciones que existen entre nuestros vicios y nuestras negaciones, revelará una parte de este misterio.

El primer género de incredulidad es, pues, aquel que más ó menos directamente hállase en

gendrado por un desórden de la voluntad: el segundo es el que reconoce por causa la constitucion intelectual. En el primer caso las dudas proceden de falta de transparencia en la atmósfera: en el segundo de defecto en el ojo del observador.

Los ojos del espíritu como los del cuerpo son un órgano delicadísimo, los accidentes más insignificantes pueden producir las mayores perturbaciones; para que el testimonio adquirido por medio de los mismos le inspire completa confianza, es indispensable que estén perfectamente conformados: esto nos dice que hay muchos espíritus que son incrédulos por la razon sencillísima de ser incompletos, ó incompletos no así como quiera sino desde diferentes puntos de vista. Son incompletos desde el punto de vista del temperamento y en este concepto no debe sorprendernos que dude de Dios el que por naturaleza es escéptico, y no presta fé á cosa alguna de cuantas le rodean. Incompletos desde el punto de vista de la rectitud, y por tanto no pueden ver á Dios puesto que estando su sentido mal conformado no pueden ver á derechas, ó tal como es, lo que sus miradas les ofrecen torcidamente. Incompletos desde el punto de vista del equilibrio; es decir, por exceso de razonamiento y carencia de sen-

timineto; por sobra de imaginacion y falta de juicio; en suma, por un cúmulo de lagunas ó desproporciones de nuestras facultades que precisamente disponen favorablemente para la incredulidad. Incompleto desde el punto de vista del estado en que se hallan: los espíritus que están fuera de sí á consecuencia de la disipacion; ó que lo ven todo de negros colores á consecuencia de su pesimismo; ó que son poco firmes en sus propósitos por versatilidad de carácter, constituyen recipientes poco firmes para la fé. Incompletos por último, desde el punto de vista de la competencia: mucho se ha dicho, pero mucho queda aun por decir, con relacion á la semiciencia religiosa de los sábios anti-religiosos. Media además la circunstancia de que el espíritu puede verse atacado por alguna de esas innumerables afecciones oculares que disminuyen la rectitud y el alcance de su mira, de dónde resulta que la mayor parte de las hostilidades dirigidas contra la fé, tiene su origen en una especie de miopía ó de oftalmia intelectual, tanto más peligrosa para el que la padece, en cuanto no tiene conciencia de ella, y para los demás, por lo mismo que puede aliarse perfectamente con el talento.

Léjos de nosotros la idea de suponer que el

incredulo sea responsable de los errores de su inteligencia cuando á ellos no han contribuido sus defecciones morales; mas importa dejar sentado que los blasfemos serian ménos si existieran más espíritus completamente sanos.

Además de las pasiones y de la enfermedad intelectual, existe un tercer principio que engendra tinieblas respecto de la conviccion religiosa, principio que proviene de la distribucion normal de la luz que debe iluminar la inteligencia. Sabido es que la luz puede cegar cuando no llega á los ojos siguiendo la direccion debida ó careciendo de las condiciones indispensables. De aquí la incredulidad de los sábios que cultivan especialmente una ciencia profesional de un modo absolutamente exclusivo, prescindiendo de la ciencia general y principalmente de los estudios religiosos.

Hase dicho con razon, que el hombre que no conoce más que un libro, es por demás temible; nosotros añadimos que el que solo posee un ramo de los conocimientos humanos, no lo es ménos; pero en otro concepto, y decimos en otro concepto, porque lo que sabe, mejor que un mérito, constituye á veces una verdadera deformidad. Por lo mismo que se ha desarrollado desproporcionadamente, no existe equilibrio ni exac-

titud, y esto es tanto más irremediable en cuanto pone su confianza en lo que se sabe respecto de un punto y no en lo que ignora respecto de todos los demás.

¡A cuantos epigramas han dado lugar las excentricidades de los sábios que no conocen más que una parte de la ciencia! Y esos epigramas eran justos y fundados, porque los vacíos, las lagunas de su educacion intelectual, hacen frecuentemente de ellos, más bien que seres superiores, entes singulares. Esta anomalía se explica perfectamente por medio de una comparacion tomada de las cosas físicas. Cuando al través de una rendija hacemos penetrar un rayo de luz en un aposento cerrado, léjos de iluminarlo distinguimos mejor su obscuridad: los átomos que flotan en la atmósfera atravesada por el rayo luminoso, ofrécese á nuestras miradas de un modo perceptible, podemos hasta contarlos, al paso que los objetos más voluminosos existentes fuera de aquel, permanecen envueltos en las más profundas tinieblas y por consiguiente sin que los podamos distinguir.

Tal es la imagen de las inteligencias iluminadas por un determinado género de estudios: la luz que llega á su espíritu no penetra al través de una grande abertura, sino por una hendidu-

ra reducidísima practicada en las puertas que la cierran, de manera que en lugar de iluminarlo por completo, como sucedería si se hallara bañado por una atmósfera luminosa, solo quedan de manifiesto los objetos que se hallan en dirección de aquel pequeño rayo: dichos objetos se manifiestan perfectamente; todo lo demás queda sumido en la oscuridad. De dónde resulta que una ciencia demasiado restringida puede en ocasiones aumentar ciertas sombras del pensamiento en lugar de disiparlas.

¡Dichosos los sencillos de corazón que ven á Dios por medio de la ingénuo impulsión de su alma pura! En este camino no existen obstáculos ni complicaciones que engañen la fé del viandante. En cambio, la ciencia es un laberinto dentro del cual son muchos los que se han extraviado. No cabe negar, ni aun desconocer, que tiene muchos caminos que por ella conducen á Dios; mas también es indudable que encierra muchos callejones sin salida, y los que penetran en ellos, sin contar con el hilo de la fé que les guíe en esas sendas sinuosas y accidentadas, mueren en el fondo de los mismos, disponiendo de la luz necesaria para ver el horror de sus tinieblas; pero no para salir de ellas.

Con lo que acabamos de decir, dejamos traza-

do el plan que nos proponemos seguir en el presente volumen. Hemos fijado los tres mojones que han de marcar nuestra peregrinacion, teniendo para ello en cuenta que la incredulidad procede de tres causas distintas.

La pasión.
El temperamento intelectual.
Los estudios exclusivos, ó sea el *Especialismo científico*.

¿El conocimiento y el análisis de la causa del mal, no constituye el más apropiado tratamiento preventivo y curativo que pueda oponérsele?

La verdad ha sido comparada á una ciudad puesta en la cima de las montañas. Si bien es cierto que desde todos los puntos se la distingue, no lo es ménos que todos no son igualmente apropiados para que pueda ser apreciada en todos sus detalles. Como los cuadros, como los panoramas, ofrece puntos de vista privilegiados, desde los cuales se revela con mayor perfeccion á la atenta mirada del observador. Más cerca ó ménos lejos de dichos puntos, sus contornos resultan ménos sensibles, y hasta hay ciertos efectos de luz que perjudican su perspectiva.

No son otras las condiciones desde las cuales se ofrece á nuestra consideracion la verdad religiosa. Existe una situacion, un punto de vista

determinado y especial desde el cual puede distinguirla perfectamente el espíritu humano, y si el incrédulo no la ve, consiste en que no se halla colocado en este punto de vista. Colóquese en él como debe y la verá: por nuestra parte, y á fin de auxiliarle en el cumplimiento de este deber, nos hemos tomado el trabajo de escribir este libro.

En él nos salimos del camino trillado por la apologetica tradicional; mas pueden seguirnos sin temor lectores acostumbrados á los senderos largos y seguros. Si nos apartamos de las que podríamos llamar *vías romanas* de la controversia religiosa, no por esto las perderemos de vista en un solo punto, ya que el presente volumen no ha de ser, en último resultado, otra cosa más que el desenvolvimiento de una tesis á duras penas indicada por ciertos teólogos clásicos, bajo el título de: *Prejudicia adversus incredulitatem*.

LIBRO PRIMERO.

DE LA INCRUDULIDAD

ENGENDRADA POR LAS PASIONES.